



EL DIARIO ILUSTRADO.—Domingo 17 de Noviembre de 1963

ALLA en los siglos en que el océano encrespaba naufragios en torno de las crujideras flotas aventureras, un hidalgo trocó el ocre estéril y los plomizos nubarrones de su llanura castellana por el transatlántico fulgor de un El Dorado tan ubicuo y mudable como la rosa de los vientos. Llamábase don Diego Martínez de Prado, y consigo traía su carga de ilusiones y las simientes de la estirpe.

Las selvas del nuevo mundo protegían el áureo reino con trenzados de lianas melladoras tendidos de tronco a tronco, y tras la selva alzaba la montaña sus pedregales ríspidos. La ilusa hueste hispánica mermaba, y el indio sonreía.

¿Dónde estaba aquel rey al cual cada mañana traían los servidores el oro y las resinas que vestían su cuerpo hasta la noche? Vencida la selva, escaladas las cumbres, famélicos los sobrevivientes, el rey y los tesoros espejaban en otro confín del horizonte.

Entonces y siempre, oro, ventura, clave entera de nuestro destino de criaturas vivientes, han de salir a buscarse guiados por mano de conseja; la mano de la verdad se retiró de nuestro alcance, y acaso, si viene, vendrá a tomarnos al sonar la hora postrera.

¿Qué importa? si no cogemos la verdad, habremos cogido su sombra, la poesía: en Pedro Prado florecería un día la carga de desengaños depositada al fin por el hidalgo don Diego en este cantil precario de la tierra chilena, que los Andes tienden a convertir en ladera y el mar a sepultar en su abismo.

KAREZ I. ROSHAN

Ambulaba el pollero, irisando sus harapos con el tornasol de

La hora que Pedro Prado eligió

por ALFONSO BULNES

las plumas, por aquellos callejones suburbanos que el mediodía calcinaba como un desierto de oriente; de los surcos cavados por los años, vertíanse rostro abajo los regatos de la barba florida.

Entendía en los transeúntes la lengua que le era propia, pero él no articulaba palabras que no cupiesen en el pregón de su mercancia. Las otras las llevaba dentro, tejiéndose y destéjiéndose en un aión impotente de crear ritmos y melodías que habrían ahuyentado a su clientela. Estaban en él desde siglos, y se acordaban a su rostro, a su barba, a su talante de hombre sin prisa, de nómada acostumbrado a ver el sol asomar y ponerse en ángulos del paisaje cada día diversos; sin otra prisa que la de echar de sus hombros la carga tornasolada y oír tintinar en una bolsa el metal argentino del trueque.

Y pasó un día a su lado el poeta, y al conjuro de su lira de Orfeo acudieron mansas las palabras que bullían en el taciturno mercader.

Siempre el poeta es un Orfeo; los elementos de la poesía son todos preexistentes a él, y no hay manera de salir de la naturaleza; el don poético parece no ser más que el arte de coger los elementos externos, combinar sus colores y sonidos, agrupar formas entrelazadas, y una vez arrebatados al dominio ajeno, dejar que el pollero reanude el pregón suburbano de su irisada mercancia.

SONETOS

Catorce rectos barrotes cercan la celda estrecha que el anónimo arquitecto, provenzal o italiano, dispuso para artifices exigentes; mas en su estrechez infranqueable cabe, como reza un viejo texto, el universo entero.

Insatisfecho de prosa y verso libre, traicionado por la ilusoria libertad, intacto el contenido que otra forma cualquiera dispersaba, vino el poeta a enclausrarse en la celda que permitió un día expresarse a Petrarca y también a Garcilaso. Y gracias al límite, su carga emocional cupo entera en el recinto.

¿Arte o matemática? Matemática y arte, pudo decirse a sí mismo, pues en la ecuación del soneto dijeron las materias sensibles sus fundamentales esencias.

Acaso la celda sea la única auténtica expresión de nuestra vida entera: entramos en la vida sin elección, permanecemos en ella un plazo que ignoramos, salimos cuando nuestra unidad personal se disocia.

La hora del soneto no suena de amanecida, y parece ser la que Prado escogió: esa hora otoñal del regreso en que las cadencias espirituales se aquietan y las materias sensibles acomodan sus formas definitivas; cuando las dunas pacientes sepultan lo accesorio bajo su manto de unidad, cuando puebla el silencio la canción de las horas pasadas, cuando de todas las rosas no queda, en manos del poeta, más que una.

Amor, dolor, ternura, muerte, angustia de ser y no ser más, fluencia divina en el cauce de lo creado o caudal inmenso sin voluntad guiadora, todo ello lo ordena el poeta en esta otra prisión que dentro de su prisión escoge, y en ella nos deja su síntesis alquitarada.

SI EL AMOR NOS POSEE

Si el amor nos posee no lo vemos;
es como nuestro rostro en el olvido;
en miradas ajenas se ha podido
sospechar que algo ocurre, y no sabemos.

El amor con sus ojos no se mira,
que sus ojos los tiene de manera
que sólo sabí del mirar afuera;
y no distingue él mismo si suspira.

Pero el rostro de la amada advierte
cómo ante un claro espejo se sonría;
y llega y le contempla de tal suerte
que él cree que la ve; y así a su lado,
en la y dulce imagen que le ríe,
ve su rostro que ignora reflejado!

PEDRO PRADO

La hora que Pedro Prado eligió [artículo] Alfonso Bulnes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bulnes, Alfonso, 1885-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1963

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La hora que Pedro Prado eligió [artículo] Alfonso Bulnes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile